

*Gabriel Ferrater*  
COL·LECCIÓ Gabriel Ferrater

Jordi Jordana Vidal

# Índice de impacto



**UAB**

Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Publicacions

Jordi Jordana Vidal

# ÍNDICE DE IMPACTO

Universitat Autònoma de Barcelona  
Servei de Publicacions  
Bellaterra, 2011

© dels textos: Jordi Jordana Vidal  
© d'aquesta edició: Servei de Publicacions de la UAB  
© de la il·lustració de la coberta: Montserrat Pineda Bombín

Edició i impressió:  
Universitat Autònoma de Barcelona  
Servei de Publicacions  
08193 Bellaterra (Cerdanyola del Vallès). Spain  
Tel. 93 581 10 22  
Fax 93 581 32 39  
sp@uab.cat  
<http://publicacions.uab.cat/>

Composició:  
Joan Buxó. Projectes de creació gràfica

ISBN 978-84-490-2686-7  
Dipòsit legal: B-25.489-2011  
Imprès a Espanya. Printed in Spain

La reproducció total o parcial d'aquesta obra per qualsevol procediment, compresos la reprografia, el tractament informàtic i la distribució d'exemplars mitjançant lloguer, és rigorosament prohibida sense l'autorització escrita dels titulars del *copyright*, i estarà sotmesa a les sancions establertes a la Llei.

# Índice

<i>Sinopsis</i> .....	13
<i>Prólogo</i> .....	15
<i>Parte I</i> .....	33
<i>Parte II</i> .....	93
<i>Parte III</i> .....	195
<i>Parte IV</i> .....	247
<i>Parte V</i> .....	337
<i>Epilogo</i> .....	413

## SINOPSIS

Tres muertes «accidentales», sin aparente relación en el tiempo y espacio, ocurridas en lugares tan alejados como El Cairo, Tokio y la pequeña isla de Pantelleria (Italia), son el punto de partida de esta historia de vanidades, envidias, odios y amores, en el mundo científico universitario. La constante presión por publicar en revistas de gran impacto hace que deje de ser un objetivo en sí para convertirse en una obsesión. Una «ludopatía científico-obsesiva», tal como la define una de sus protagonistas, la doctora Claudette Terrier, en referencia a su ex marido, el reconocido y prestigioso doctor Roger Tolls.

Su protagonista principal, el doctor Roger Tolls, profesor del Departamento de Evolución Animal de la Universidad Autónoma de Barcelona, ha visto cómo su enfermiza dedicación al trabajo le ha hecho perder lo que más quería: su gran amor, Claudette.

Tras su vuelta de París, después de asistir al entierro de su colega y amiga, la doctora Dominique Poulain, muerta en extrañas circunstancias mientras cenaba en un conocido restaurante de Fontainebleau, Roger Tolls y su joven colaboradora, la doctora Yaiza Cabrera, empiezan a desenmarañar los entresijos de una maquiavélica trama. A partir de las pistas encriptadas en diversos artículos de una afamada revista de impacto, intentarán dar solución a un problema surgido diecisiete años antes, en su etapa postdoctoral en un centro de investigación cercano a París.

## PRÓLOGO

*Río Nilo, cerca de El Cairo, Egipto. Abril de 2005*

Ahí, en medio del río, a unos cien metros escasos de donde nos encontrábamos nosotros, y acercándose lentamente en el sentido de la corriente, se divisaba un cuerpo. O al menos eso parecía. Flotaba boca abajo, con las piernas hundidas en el agua; su tronco, enfundado en una camisa blanca, y su nuca sobresalían por encima de la línea del río. No cabía duda, y cuanto más nos acercábamos mutuamente más se iba confirmando la realidad. La barandilla del pequeño barco se llenó rápidamente de turistas que observaban estupefactos y disparaban sin cesar sus modernas cámaras fotográficas. El capitán ordenó a un par de tripulantes que acercaran con unas varas el cuerpo hacia el barco y que lo subieran a cubierta, al tiempo que sacaba un móvil y se ponía en contacto con la oficina de la policía local de la ciudad de El Cairo.

—¿Tú qué crees, Shakir? —preguntó el oficial de policía al director del Instituto Médico Forense de El Cairo, con la varilla de sus gafas de sol en la boca, en actitud pensativa—. ¿Qué te parece?

—Pues no sabría qué decirte, Abdul. Puede ser cualquier cosa. Desde un suicidio hasta un asesinato, sin excluir que se trate únicamente de un fatídico accidente. Lo siento. Como puedes ver, no te voy a ser de gran ayuda. Pero es todo lo que puedo decirte, al menos oficialmente —puntualizó—, del resultado de la autopsia. Aunque si quieres saber mi particular opinión, y te vale para algo, yo me decantaría más por una

muerte accidental que por cualquier otra cosa. No se aprecian signos de violencia externa, así como tampoco lesiones internas. Además, queda mucha comida sin digerir en el estómago, lo que nos lleva a la conclusión de que debió morir poco después de ingerirla, como mucho media hora, por lo que, por el tipo de alimento hallado y el momento en que se descubrió el cadáver, sitúo la hora de su muerte entre las trece y las catorce horas de ayer, miércoles. Ésta se produjo por asfixia; ahogado en las turbias, sucias y rojas aguas del Nilo. Sus pulmones así me lo demuestran. Ahora, ¿cómo sucedió?, sólo él lo sabe y no creo que esté en condiciones de aclararnos nada al respecto. Por cierto, ¿sabes quién era? ¿Has podido averiguar algo del fiambre?

—Shakir, por favor, intenta ser más respetuoso —le recriminó Abdul.

—Tranquilo, Abdul, tranquilo. Que son muchos años y muchos fiambres en este instituto, y si no me tomara mi trabajo como lo que es, un trabajo, ya haría tiempo que lo único que haría sería dar de comer a las palomas. Así que... tranquilo.

—Bien, Shakir, no te enfades. No te sepa mal, oye, no quería contrariarte. Sólo es que... que no sé por dónde empezar. No tengo nada; o a lo mejor es que no hay nada. Todo parece tan normal y previsible.

—Como bien sabes, Abdul, en la gran mayoría de casos y situaciones de la vida, la solución más sencilla suele ser la verdadera... y la más óptima. ¿Y cuál es la más sencilla aquí? Que el individuo en cuestión, por el motivo que sea, se cayó a las aguas del Nilo y se ahogó.

—Quizá tengas razón —asintió el policía—. El asesinato por motivos económicos lo descarto, ya que encontramos su cartera intacta en el bolsillo trasero del pantalón, con una cierta cantidad de dinero y todas sus tarjetas de crédito. No tendría sentido. Además, según dijiste, el cuerpo no presenta signos externos ni internos de lucha o violencia. Claro... claro, claro —susurró Abdul pensativo, mordisqueando la varilla de sus gafas y moviendo ligeramente la cabeza de arriba abajo en actitud afirmativa.

—Puestos a excluir motivos, tampoco creo que se haya suicidado —opinó el forense mirando distraídamente a través de la ventana el bullicioso tráfico del mediodía de la ciudad—. ¿Qué suicida pensaría en comer —y en bien comer—, a la hora establecida del almuerzo, para al

cabo de diez minutos suicidarse? Ninguno. O al menos yo no lo haría —se sonrió—. Si tuviera decidida una cosa como ésa supongo que lo último que pasaría por mi cabeza sería una ensalada de tomate y un estofado de cordero acompañado de cuscús.

—En eso estoy de acuerdo contigo, Shakir, parece todo muy coherente. Además, por lo que he podido averiguar, no se trata de nadie relevante; ni en el mundo de la política ni en el de los negocios. Trabajaba como investigador contratado en el Centro de Investigaciones Medioambientales de El Cairo desde hacía unos cinco años, con un sueldo moderado, que le permitía vivir bien pero sin grandes lujos a pesar de su soltería. El sujeto se llamaba Ihab Rahabi: joven, treinta y seis años, de uno setenta y cinco de altura y ochenta kilos de peso; científico dedicado al estudio del medio ambiente y los animales y sin grandes recursos económicos —leyó Abdul de sus notas—. ¿Quién podría tener motivos para matar a una persona así?

—Vaya... parece que se te van aclarando las ideas, ¿no, Abdul? Eso es bueno.

—Supongo que sí —contestó el inspector—. Con la cantidad de casos sin resolver que tenemos, el poco personal de que disponemos y los limitados medios económicos, sólo falta que nos entretengamos en casos tan claros como éste. Y en gran parte gracias a ti, Shakir, y al gran profesional que eres. Tus acertados análisis clínicos y, por qué no decirlo también, psicológicos, me han sido siempre de gran ayuda para ordenar mis ideas y tomar decisiones lo más acertadas posibles. Te debo una, Shakir... y ya van muchas. Me voy.

Abdul Kalar, inspector jefe de policía de la ciudad de El Cairo, se colocó, con un gesto preciso y perfectamente estudiado, sus gafas de sol, fruto de haberlo repetido infinidad de veces. Giró sobre sí mismo y se dirigió hacia la puerta del laboratorio. Hizo girar el pomo y, abriendo la puerta, se volvió hacia el médico forense. Mientras se bajaba las gafas hasta media altura de la nariz y mirando a Shakir por encima de ellas —apuntándole con el dedo índice y el pulgar levantado a modo de pistola—, le dijo:

—Espero tu informe hoy mismo en mi despacho, firmado y con el diagnóstico: muerte accidental.



Masatoshi Ozawa cerró el paraguas y se bajó el cuello levantado de su gabardina antes de empujar la puerta giratoria del hotel donde se hospedaba en Tokio: el Tokio Imperial. Profesor jubilado, emérito, de la Universidad de Kyoto, se encontraba pasando unos días en la ciudad con motivo de un congreso de genética molecular al que había sido invitado para impartir una ponencia. Todavía no era medianoche y, aunque se encontraba ligeramente cansado después de un día entero de congreso y la posterior cena y un par de copas que se había tomado con los colegas, pensó que aún era demasiado pronto para ir a dormir. Tenía el cuerpo animado y con ganas de marcha, dentro de sus posibilidades; no en vano había salido ya de dos infartos y su médico no cesaba de aconsejarle que procurara llevar una vida más reposada y que cuidara más su alimentación —tanto lo que comía como lo que bebía—, si quería vivir más tiempo.

«Bobadas», pensó. «Si hubiera hecho caso de todo lo que es políticamente correcto para mi salud, ya haría tiempo que estaría muerto... pero de aburrimiento», se dijo para sí el doctor Ozawa, como para intentar tranquilizar su conciencia. «Me han prohibido beber y fumar, entre otras cosas. Pocos placeres que tengo en la vida... o que me quedan, y a mis sesenta y siete años, ¿debo renunciar a ellos? Prefiero vivir menos pero a mi manera, con calidad de vida, al menos según mis prioridades. Además, nadie depende ya de mí. Mi mujer hace años que murió y mis hijos ya tienen encarrilada su propia vida. ¡Así que!...», continuó diciéndose para sí, mientras con la vista escudriñaba en el vestíbulo del hotel la puerta del bar.

El doctor Ozawa bajó el par de escalones que colocaban el recinto del bar en un nivel arquitectónico inferior al de la recepción del hotel. Traspasó la puerta —con un preciso giro de muñeca— y, una vez dentro, la volvió a cerrar, contemplando durante unos instantes el interior del local. Era un sitio agradable y acogedor. Impensable para un bar de hotel —o al menos esa era la idea preconcebida que había cruzado por su mente en el corto espacio de tiempo desde que tomó la decisión hasta que entró—. Muy bien decorado. Las luces indirectas creaban una atmósfera relajante y apetecible a la conversación tranquila y sosegada, o a la meditación contemplativa de un solitario.

De forma pausada se quitó la gabardina ligeramente mojada y la colgó junto a otras en un perchero situado al lado izquierdo de la puerta. Junto a él, y un poco separado, un paragüero —«lo habrán puesto de forma provisional porque llueve», pensó—, donde introdujo el suyo. La barra quedaba a mano derecha; larga y con una pequeña curvatura al final de la misma. Tres camareros de esmoquin —dos chicos y una chica— servían copas a los clientes. A mano izquierda —frente a la barra— diversas mesas con sus lamparitas y sus velas encendidas de rigor. Y al fondo, abriéndose en un gran círculo, reservados de butacas y sillones, con una chimenea encendida en medio del círculo. Algunos clientes habían acercado sus sillones y, con las piernas estiradas y los pies apoyados en la pequeña pared de obra, parecían mover su cabeza al ritmo de las llamas, con su mirada perdida en el interior del fuego.

—Por favor, un escocés con hielo —pidió, al tiempo que se sentaba en uno de los taburetes giratorios de mitad de la barra.

—¿Qué marca prefiere el señor? —demandó servicial y con una amplia sonrisa el camarero.

—Johnny Walker etiqueta negra —dijo Ozawa fijando su vista en la botella de whisky que tenía frente a él, en la horizontal que iba de la cabeza del camarero al segundo estante detrás de la barra—. Un Johnny Walker —repitió en voz baja el profesor, más para sí mismo que para el otro.

Mientras le preparaban su escocés sacó un cigarrillo. Golpeó con la parte del filtro dos veces en el propio paquete y, haciendo girar su taburete hacia el interior del local, se lo puso en los labios. Encendió el cigarrillo, levantó la vista y empezó a dar un repaso visual a la gente del bar —más por curiosidad y por hacer algo que por cualquier otra cosa—. Su mirada se centró en una joven pareja que no paraba de besarse y cuchichearse al oído «cosas tiernas», pensó, y mirar cual dos tontos embobados a través de los cristales ahumados cómo llovía en la calle. Al fondo, y próximos al calorcillo del fuego, un grupo de ejecutivos japoneses discutiendo educadamente de dinero y valores de bolsa, por lo que le pareció oír. Su mirada se detuvo ahora en una mesa cercana a la barra, donde dos chicas muy elegantes, con vestidos largos, charlaban animadamente mientras bebían algo, que a esta distancia bien pudiera ser un martini —«por la aceituna y el palillo», se contestó a sí mismo Ozawa

esbozando una ligera sonrisa, o tal vez mueca—, y fumando sendos cigarrillos. En ese momento las miradas de Masatoshi Ozawa y una de las chicas se cruzaron. Ambos la mantuvieron un segundo, hasta que la chica le guiñó un ojo y le perfiló una amplia sonrisa sugeridora de todo un mundo de placeres. El profesor le sonrió a su vez, moviendo muy ligeramente la cabeza y articulando una sutil mueca de negación, mientras apartaba la vista y continuaba mirando. Al final de la barra —donde ésta hacía el recodo—, distinguió a un occidental que, o bien se lo pareció a él, o éste le estaba mirando fijamente. Sólo fue una sensación, no más de una décima, porque el sujeto en cuestión empezó a girar el vaso y hacer tintinear el hielo, mirándolo con tanta atención como si fuera la cosa más interesante del mundo. El doctor Ozawa también giró su cabeza buscando el cenicero, depositó en él la ceniza del cigarrillo y lo miró pensativo. En ese mismo instante se oyó la voz del camarero que decía:

—Señor, su whisky. Que lo disfrute.

—¿Perdón? —contestó Ozawa—. ¡Ah, sí!, el whisky. Gracias, muchas gracias.

Al cabo de una hora, de un par de whiskies y de haber repasado mentalmente su vida —o parte de ella—, Masatoshi Ozawa decidió que ya era momento de irse a dormir. Tampoco es que fuera muy tarde, y aunque ya había expuesto su ponencia ese mismo día, mañana debía levantarse temprano para volver al congreso; así que lo mejor sería ir a dormir y descansar un rato los huesos. Pagó sus consumiciones y, al querer levantarse del taburete, sus piernas y su cabeza vacilaron ligeramente. Se apoyó en la barra del bar un segundo y recobró rápidamente el control.

—Señor, ¿le ocurre algo? ¿Todo va bien? —demandó solícito el camarero.

—Perfectamente —respondió Ozawa—. Un ligero mareo sin importancia. Nada que no pueda controlar.

Recogió la gabardina y el paraguas, salió del bar y se dirigió a los ascensores. Una vez dentro pulsó el botón del séptimo piso y apoyó su espalda contra la pared. En dos minutos estaba abriendo la puerta de la habitación 712. Entró. Tiró sus pertenencias encima del sillón y se dejó caer en la cama.

—¡Masatoshi! —se dijo para sí mismo en voz alta—. ¡Que ya no tienes veinte años! ¡Pero qué capullo eres! Mañana vas a tener un dolor de cabeza que no habrá quien te aguante. Desnúdate e intenta dormir un rato.

Masatoshi Ozawa se desnudó, se puso el pijama y, colocando el despertador en la mesilla de noche, lo dejó preparado para que sonara a las ocho en punto. «Manías que tiene uno», parecía que pensara mientras miraba el reloj. Nunca en su vida había utilizado el servicio de despertador telefónico de los hoteles en que había estado —y al cabo de los años ya eran muchos hoteles—. Siempre prefería su fiel y pequeño Casio, pues no era estridente como el teléfono y te despertaba suavemente con toques cortos y casi silenciosos que iban aumentando en duración y sonoridad si no le hacías caso. Además, cuando lo parabas y te volvías a dormir, el pequeño Casio te volvía a despertar al cabo de cinco minutos. ¿Qué servicio de hotel hace eso?

El doctor Ozawa se dirigió al baño; se cepilló los dientes y abrió su neceser, del que sacó un pequeño frasco de pastillas. Se colocó sus gafas de cerca y leyó rápidamente la etiqueta: Nitroflexil. Desde el último infarto —debido a una insuficiencia coronaria hacía cosa de medio año—, este pequeño frasquito siempre iba consigo. Órdenes de los médicos. «Es un preparado a base de nitroglicerina que puede ser su salvación en caso de un nuevo infarto y sin ningún médico a mano», le había comentado el cardiólogo y cirujano que le operó. «En el caso de que eso suceda, se toma una pastillita de éstas, pero sólo una, y avisa rápidamente al servicio de urgencias. Este pequeño comprimido puede ser la diferencia entre la vida y la muerte a partir de ahora, por eso siempre las debe tener a mano. Adonde vaya usted, deben de ir ellas», continuó explicándole el cardiólogo. Por ese motivo el doctor Ozawa siempre llevaba una, envuelta en papel de plata, en su cartera. No obstante, hasta el momento, nunca las había tenido que utilizar. Habían pasado ya seis meses desde la operación y su cuerpo parecía responder perfectamente. No se había vuelto a producir ningún nuevo aviso de insuficiencia coronaria. Tal vez por eso sus nuevos hábitos se habían relajado «quizá, un poco», pensó, cuando una ligera arcada subió desde lo más profundo de su estómago hasta la boca. Maquinalmente volvió a dejar el frasco en el neceser y, revolviendo un poco en su interior, sacó otro de similares ca-

racterísticas. Aunque ya sabía que por exclusión tenía que ser el que buscaba, leyó nuevamente la etiqueta: Somnirelax, somníferos a base de melatonina, recetados asimismo por su cardiólogo, para ayudarle a dormir. Desenroscó el tapón y puso dos pequeñas pastillas blancas en la palma de su mano. Reclinándose sobre el lavabo bebió un largo sorbo de agua del grifo y se las tragó. Cerró el frasco y lo depositó de nuevo en el neceser, que cerró con la cremallera, y lo colocó en el interior del armario.

Todavía estaba mirando por la ventana cómo lloviznaba en las calles de Tokio cuando le sobrevino un fuerte mareo que le nubló de repente la vista. Reculó instintivamente dos pasos y se sentó en la cama. Tras un momento de sorpresa y angustia se serenó. La habitación había dejado de dar vueltas y estaba recuperando la visión, cuando se llevó automáticamente una mano al cuello y otra al pecho. No podía respirar. Le faltaba el aire. Un puño interior parecía querer hacerle trizas el corazón. Abría y cerraba la boca cual pez en una pecera, pero ni un aliento ni un suspiro de aire querían llegar a sus pulmones. Intentó levantarse para ir al baño en busca de la pastilla salvadora, pero sólo fue eso, un intento. Sus piernas le pesaban tanto que era imposible enderezarse. Cayó lateralmente hacia la cama y su mirada nebulosa quedó fijada en el teléfono de la mesilla. Una chispa de esperanza cruzó su mente. Trató de arrastrarse por encima de la cama, manteniendo una mano en el cuello —como si esa acción le ayudara a respirar—, mientras alargaba el otro brazo y estiraba todo lo que podía los dedos pretendiendo agarrar el teléfono. Cuando sus uñas arañaban ya el auricular, un intenso dolor, como una sacudida eléctrica, le recorrió el brazo y se lo dejó insensible y con los dedos tiesos. Su cuerpo se agitó espasmódicamente y su corazón dejó de latir. El profesor Masatoshi Ozawa había dejado de existir.

A las dos y diez de la madrugada alguien abrió la puerta de la escalera de servicio que daba a la planta siete. Con andares pausados fue recorriendo el largo pasillo hasta detenerse enfrente de la habitación 712. Metió su mano enguantada de cuero negro en el bolsillo derecho de su gabardina y sacó algo parecido a una tarjeta de crédito. Colocó la llave electrónica en la ranura de la puerta y, cuando parpadeó la luz verde, hizo girar el

pomo empujando hacia el interior. Miró a derecha e izquierda del pasillo, entró y cerró. Durante unos instantes se quedó inmóvil apoyado en la puerta sin encender la luz, aguzando el oído y sus otros sentidos a la espera de captar cualquier tipo de movimiento en el interior. No escuchó nada. La habitación estaba en una ligera semipenumbra cíclica producto de algún anuncio intermitente de neón del lejano asfalto. El intruso, poco a poco, fue habituando su visión a la nueva situación y, entre ciclo y ciclo de oscuridad y penumbra, atisbó el cuerpo tumbado en la cama. Del bolsillo izquierdo sacó una delgada linterna, cual pluma estilográfica, y un tenue haz de luz salió de su interior. Lo dirigió hacia la figura inerte que yacía en la cama y se quedó contemplando la escena, entre burlesca y ridícula —una pierna colgando fuera de la cama; el pantalón del pijama a media altura enseñando la mitad de sus nalgas; el brazo izquierdo extendido tocando la mesilla y su otra mano en el cuello—, con una ligera mueca socarrona en los labios. Se acercó lentamente y enfocó su cara. Tenía los ojos abiertos y un trozo de lengua le salía de la boca en actitud grotesca.

Luego se dirigió al baño y examinó maquinalmente las paredes con la linterna. Cerró la puerta y encendió la luz.

No habían pasado ni cinco minutos cuando la puerta de la habitación 712 se volvía a cerrar por fuera, y una figura con gabardina y guantes de cuero negro se perdía por el pasillo en dirección a la escalera de servicio.

El inspector Takezaki, del departamento de policía metropolitana de la ciudad de Tokio, estaba leyendo con gran interés el informe médico-forense que le había llegado —hacía sólo un rato— de la muerte producida, un par de días atrás, en una habitación del hotel Tokio Imperial. Le dio otro sorbo al café antes de apartar, con la misma muñeca, unos papeles para dejar sitio en su mesa al vaso de plástico que contenía el aguado líquido que alguien se había empeñado en quererlo denominar café, mientras iba asintiendo con la cabeza sin dejar de leer el informe.

—Interesante —se dijo para sí el inspector Takezaki—. Muy interesante. ¡Pobre diablo!

—¿Qué es eso tan interesante, Kohta? ¿Acaso el Barça se quiere ven-

der a Ronaldinho y éste quiere fichar por el Yokohama Marinos? ¿No estaría mal, eh? —preguntó el sargento Kimura acercando una silla a la mesa de Kohta Takezaki.

—Pues sí, no estaría mal —respondió el inspector—. Pero no. No es a eso a lo que me estaba refiriendo.

—Ya me imagino —contestó el sargento Kimuna—. ¿Qué pasa, Kohta? ¿Hay problemas?

—No. ¡Qué va! Al contrario. Parece que las cosas se van aclarando, Ibuki. Este es el informe forense del muerto del hotel Imperial, el de la habitación 712 —dijo meneando los papeles—. Tal como creíamos el otro día, parece ser que todo fue natural. Bueno... no natural del todo. Quiero decir que no murió de muerte natural... porque le tocara. Sino que todo fue por error. Por un dramático e irremediable error. El pobre diablo padecía del corazón, por eso llevaba en su neceser las pastillas para infartos. Por cierto, ¿sabes que las hacen a base de nitroglicerina? ¡Jodó! ¡Quién lo iba a decir!

—Sí, ya lo sabía —respondió el sargento—. Hace unas semanas lo vi en un documental del Canal 14 sobre enfermedades cardiovasculares, mientras hacía *zapping*. Me quedé enganchado un rato, ya que mi padre, hará cosa de un año, también tuvo un amago. ¡Putra vida estresada que llevamos! —maldijo—. Pero no sólo las hacen a base de nitroglicerina; creo recordar que también utilizan la digital... o algo parecido. Pero sí, lo de la nitroglicerina queda. Te imaginas que puede explotar en cualquier momento.

—Pues, como te iba diciendo —continuó el inspector—, el profesor Ozawa... por cierto, Ibuki, supongo que ya te habrás puesto en contacto con algún familiar y les habrás comunicado la noticia, ¿no?

—Sí, lo hice ayer por la tarde —le informó Kimura—. Me costó bastante localizarles pero al final lo conseguí. El profesor Ozawa era viudo y tenía dos hijos, ya mayores. Fue a través de su universidad, la de Kyoto, que conseguí el número de teléfono móvil de uno de ellos, gracias a la secretaria de Ozawa, que se puso a llorar por teléfono cuando la puse al corriente de lo que había sucedido. Poco después hablé con él —estaba de viaje en Hong-Kong, aclaró—, y me garantizó que procuraría estar hoy por la mañana en Tokio. Él mismo se ofreció a comunicárselo a su hermano, que, por cierto, también estaba de viaje de nego-

cios en San Francisco, pero que no me preocupara y que me agradecía mucho que le hubiera localizado tan pronto. Así que por lo menos este tema está resuelto —dijo Kimura satisfecho.

—Pues te decía —volvió a retomar el hilo de la conversación el inspector Takezaki— que el profesor Ozawa murió por equivocación. Sufrió del corazón y las pastillas salvadoras que llevaba encima fueron las responsables de su muerte —hizo un gesto de resignación con los hombros—. Paradojas de la vida. El forense determinó que la muerte se produjo por insuficiencia respiratoria seguida de paro cardíaco debido a una conjunción letal de factores —leyó del informe—, como fue la presencia de preparados nitroglicéricos y una elevada tasa de alcohol en sangre. El alcohol potenció de forma extraordinaria los efectos del Nitroflexil y produjo en el sujeto unos resultados de consecuencias mortíferas.

—Y antes de que me lo preguntes te voy a responder —continuó explicando el inspector Takezaki—. Te estarás preguntando que por qué ingirió las pastillas de Nitroflexil con la de whisky que llevaba encima. Whisky y otras cosas, ya que parece ser que, además de beber en el bar del hotel, el alegre profesor había estado cenando y bebiendo con sus colegas de congreso. Por otra parte —según los resultados forenses—, la concentración de Nitroflexil encontrada no se corresponde con la ingestión de un único comprimido —que sería la dosis normal en caso de un amago—, sino con, por lo menos, dos o tal vez tres. Juntando todos los indicios, pruebas e informes, únicamente me queda pensar que murió por equivocación —Takezaki se levantó de la silla, empezó a pasear, pero continuó hablando—. Equivocación al ingerir unos comprimidos por otros. Te acordarás, Ibuki, que en el neceser encontramos dos frascos de pastillas, unas para los infartos y las otras para dormir —somníferos—, y de características similares, tanto los recipientes como los contenidos. No creo que sea erróneo pensar que el doctor Ozawa, y debido fundamentalmente al estado etílico en que se encontraba, confundiera un frasco por otro, y se tomara varios comprimidos de lo que él pensaba que era un relajante muscular y nervioso —que le ayudaría a conciliar rápidamente el sueño—, cuando en realidad se estaba tomando las pastillas que iban a acabar con su vida.

—Por eso, Ibuki, estoy convencido de que la muerte del doctor Ozawa fue una muerte accidental.



El taxista que le trajo desde el aeropuerto hasta el Pantelleria Park Hotel bajó presuroso de su coche para abrir el maletero y darle en mano su bolsa de viaje.

—Tenga, *signore*, su maleta.

—Muchas gracias. ¿Cuánto le debo?

—Serán diez euros. ¿Quiere que le haga una nota?

—No, no será necesario —dijo el pasajero alargando un billete y recolocando otra vez su cartera en el bolsillo del pantalón.

—*Arrivederci, signore*. Que tenga una feliz estancia en nuestra isla. Si algún día requiere de mis servicios, para dar una vuelta por la isla o si tiene necesidad de un guía —precisó—, no dude en llamarme. En la tarjeta tiene mi número. Me llamo Tomasso, Tomasso Argentó. *Ciao, signore*.

El pasajero se quedó mirando por unos instantes al taxi —cómo se alejaba por el mismo camino por el que lo había traído— mientras doblaba su americana y la colocaba entre las asas de su bolsa de viaje. Levantó la vista para leer otra vez el nombre del hotel. Se ajustó con el dedo índice sus gafas de sol a la nariz y se dispuso a subir los cuatro escalones que le separaban de la puerta. Una vez dentro se dirigió al mostrador de recepción y esperó a que la chica terminara de atender a un cliente por teléfono. Mientras, se entretuvo mirando unas postales que había sobre el mostrador, así como un plano turístico de la isla, cuando oyó una voz juvenil que le preguntaba:

—Buenos días, *signore*, ¿qué desea?

—Buenos días —contestó a su vez—. Soy el doctor Antonello Russo, de la Universidad de Palermo, y tenía hecha una reserva.

—Vamos a ver... —dijo la recepcionista mientras lo confirmaba en su ordenador—. Efectivamente, aquí está: señor Russo, de Palermo. Del día cuatro al siete de julio. ¿Es correcto? —preguntó.

—Sí, es correcto. En principio era para una única noche, la del cinco al seis, pero hace un par de días lo cambié, ya que finalmente decidí adelantar y alargar mi viaje para aprovechar mi estancia en la isla y hacer un poco de turismo. Porque... ¿sabe usted?, aunque soy siciliano de nacimiento y he residido toda mi vida en Palermo, nunca antes había

estado en Pantelleria, y ya iba siendo hora, ¿no? Y aunque vengo por cuestiones de trabajo, decidí que podían combinarse ambas cosas y opté finalmente por tomarme unos días de vacaciones. Ventajas de trabajar en la universidad —continuó explayándose el visitante sin que nadie se lo hubiera pedido—. Porque... ¿sabe usted?, yo trabajo en la universidad, en la de Palermo, en el Departamento de Matemáticas —continuó informando—, y la razón principal de este viaje es para entrevistarme con el doctor Giuseppe Martini, de la Universidad de Milán, huésped suyo del hotel. ¿No es así?

La recepcionista vaciló unos instantes en darle o no esa información, aunque finalmente accedió.

—Efectivamente, señor Russo, *Il professo...*, el doctor Martini —rectificó al instante— es huésped de nuestro hotel —respondió orgullosa—. Podríamos decir que un huésped honorífico del hotel... y de la isla. Que yo recuerde, y por lo que me han contado —puntualizó—, cada año, desde hace ya tiempo, realiza una estancia, a veces más larga, a veces más corta, pero nunca inferior a dos semanas de verano en el hotel. El doctor Martini es hijo de la isla, pantesco de nacimiento; nació y creció aquí, aunque luego se marchó, primero a Palermo y después a Milán, por razones de trabajo, como usted comprenderá, ya que él también es matemático. Como usted, ¿no? —El doctor Russo asintió con la mirada.— Y de los buenos por lo que cuentan, por los premios y menciones recibidos y por las veces que lo vemos en televisión —el deje de orgullo volvió a ser patente en la recepcionista—. Mire usted si se le aprecia aquí, que todo el mundo lo conoce como *Il professore*, lo que demuestra el cariño que se le tiene y el reconocimiento que se le profesa. Lo único que no he entendido nunca, y sigo sin entender, es que continúe soltero —la chica pareció quedarse pensativa.

—Pues no sabría qué decirle —repuso el doctor Russo—, será el trabajo. Su dedicación a lo que hace no le dejará tiempo para otras cosas. Su vida sentimental no la conozco, pero el objeto de mi visita se debe a su reconocimiento y prestigio como estadístico, que es algo parecido a matemático pero ligeramente diferente. Tenía concertada una cita con él para mañana, miércoles, día cinco, para... y ya que hemos congeniado tan rápidamente usted y yo en poco tiempo —dijo el doctor Russo a la recepcionista con un pícaro guiño de ojo—, se lo voy a decir: para pro-

ponerle que se integre como investigador en un proyecto sobre análisis de poblaciones... bueno, dejémoslo en un proyecto de investigación —rectificó rápidamente al observar la cara de pasmo de su contertullia—. Mi departamento de Palermo me ha enviado para que se lo explique personalmente e intente convencerlo para que se integre en dicho proyecto.

—Por cierto, ¿sabe usted si está en su habitación? —preguntó el doctor Russo mirando hacia las escaleras y acompañándolo con un suave movimiento de cabeza en esa dirección—. Aunque no me espera hasta mañana me gustaría saludarlo lo antes posible.

—Lo siento, señor Russo. *Il professore* ha salido esta mañana temprano, con otros huéspedes del hotel, a realizar una ruta por la isla en burro y no volverá hasta el mediodía —contestó la recepcionista al tiempo que levantaba la vista para mirar la hora en el reloj de pared colgado en el vestíbulo—. Ahora son las once menos cuarto —confirmó—, por lo que no creo que tarden ya mucho en regresar. Si quiere esperarle en el salón, o mientras se toma una cerveza en el bar, yo le aviso cuando llegue —se ofreció solícita.

El doctor Russo pareció dudar unos instantes mientras consultaba asimismo su reloj.

—Como parece que todavía tengo tiempo antes de que lleguen, le agradecería que me diera la llave de mi habitación. Subiré a dejar el equipaje y aprovecharé para darme una ducha rápida. El viaje y el calor... ¿comprende? —dijo acompañándolo con un expresivo gesto de agobio—. Luego bajo y le espero en el bar y, si usted es tan amable, me avisa cuando llegue.

—Muy bien, señor Russo. Su habitación es la doce: primer piso. Comprobaré que las vistas son fantásticas; tiene una pequeña terraza desde la que se puede contemplar gran parte de la isla, y hacia el mar, y si no hay bruma, se puede divisar la costa de Sicilia. Espero que la disfrute. Y no se preocupe: en cuanto llegue *Il professore* yo se lo comunico —le dijo la recepcionista con la mejor y más gratificante de sus sonrisas.

El doctor Antonello Russo se colgó la bolsa en el hombro y empezó a subir —sin prisas— las escaleras que le llevaban al primer piso. Cuando dobló el recodo, Clara, la recepcionista, volvió a bajar la mirada hacia sus papeles y continuó trabajando.

A las siete en punto de la mañana, la pequeña expedición partía del hotel Pantelleria Park con destino a la cima del Monte Grande. Un total de ocho personas, todas huéspedes del hotel, salían dispuestas a disfrutar de un soleado día de mes de julio y del paisaje agreste y típicamente mediterráneo de la volcánica isla de Pantelleria. Una pareja italiana de recién casados —probablemente en plena luna de miel—, dos universitarias catalanas de vacaciones, un inglés cuarentón con pinta de ejecutivo estresado y su hijo de unos doce años, el guía del grupo —empleado del hotel— e *Il professore* —catedrático de estadística de la Universidad de Milán y pantesco de nacimiento— enfilaron a lomos de ocho asnos —de la raza autóctona de Pantelleria— el angosto sendero por el que iban a iniciar la ruta hacia el Monte Grande. El guía —un chaval de dieciocho años, pantesco y estudiante de primer año de medicina— se colocó delante del grupo y, moviendo el brazo de atrás hacia delante, dio la señal de partida al heterogéneo grupo.

Llevaban hora y media de camino, atravesando campos de vid olvidada y bosque bajo mediterráneo, y observando a su paso —por entre las grietas— las *favare* o columnas de vapor de origen volcánico, cuando la montura de *Il professore* —que cerraba el grupo— realizó un movimiento inesperado. El sendero era rocoso y empinado en ese tramo, y el garañón pantesco alargó bruscamente su pata izquierda delantera con un fuerte golpe de riñón para salvar el pequeño obstáculo rocoso que tenía delante. La silla de montar y el jinete se desplazaron lateralmente hacia la grupa del animal. *Il professore*, en un gesto instintivo para recuperar el equilibrio, abalanzó su cuerpo hacia delante en un intento de contrarrestar la inminente caída, buscando desesperadamente las crines del animal. Cuando sus dedos estaban tocando ya los primeros pelos y parecía que su mano los iba a agarrar con más firmeza, la cincha de la silla acabó de ceder, se desenganchó completamente de la montura y cayó al suelo arrastrando en su caída al angustiado profesor. Éste rodó ladera abajo, por entre las rocas, profiriendo gritos apagados de pánico y de dolor.

—¡Alto, alto! ¡Parad! El señor que va detrás se ha caído del burro —gritó una de las universitarias catalanas que se había girado al oír el barullo organizado.

El recorrido de *Il professore* duró poco. Una gran roca volcánica, de bordes afilados, se interpuso en su camino. El choque de su espalda con

la roca fue duro, muy duro. En el rebote posterior que se produjo, su cabeza, que giraba sin control, fue a parar a uno de los salientes y quedó al instante totalmente manchada de sangre.

—*¡Déu meu!*—gritó la chica— ¡Qué horror!

Todos —a excepción del chico inglés— descabalaron raudos pero con precaución de sus monturas y se acercaron presurosos hasta la parte del sendero por donde había caído *Il professore*. El padre del chico, el ejecutivo cuarentón, saltó veloz en dirección al profesor para prestarle ayuda. Después de un segundo de desconcierto y de miradas mutuas sorprendidas, el guía y las dos universitarias siguieron al inglés.

—¿Cómo está? ¿Está vivo? —gritó desde el sendero la chica italiana con voz potente pero temblorosa, agarrada con las dos manos al brazo de su reciente marido.

Carlo, el guía del hotel y estudiante novel de medicina, se vio como el más obligado a responder a la pregunta. Por dos motivos obvios. Entre él y el inglés estiraron el cuerpo del profesor y se dispusieron a auscultarle y tomarle el pulso, mientras Anna —una de las universitarias— mantenía su cabeza apoyada en su regazo. El grito de Anna fue mayúsculo pero apagado cuando se dio cuenta de la gran herida que tenía en la cabeza y de la cual salía parte de masa encefálica. Los tres fijaron sus ojos atónitos en la dirección de la mirada de Anna.

Carlo fue el primero en levantarse y, mirando hacia arriba, en dirección al sendero, movió repetidamente la cabeza de derecha a izquierda mientras con la mano se tapaba la boca.

A las once y veinte el doctor Russo volvía a bajar las escaleras. En media hora se había duchado y cambiado de ropa. Levantando el periódico que llevaba, hizo unas señas muy discretas para llamar la atención de Clara, la recepcionista. Cuando sus miradas se cruzaron, y sin dejar de caminar en dirección al bar, el doctor Russo le indicó la puerta de entrada con el periódico, hizo un movimiento rotatorio con el mismo y seguidamente señaló en dirección al bar. Clara asintió con la cabeza, señal de que había comprendido, y con un ligero gesto de mano le indicó que no se preocupara, que cuando llegara *Il professore* de su excursión le haría saber que tenía una visita esperándole en el bar del hotel.

No habían pasado ni diez minutos cuando el doctor Russo se tuvo que quitar las gafas, dejar el periódico encima de la mesa y girar la cabeza en dirección a la puerta del bar, atraído por el gran revuelo de voces y gritos que procedían de recepción. Algunos clientes del bar salían corriendo en esa dirección. Aunque no era por naturaleza curioso o entrometido con las cosas de los demás, el griterío —y hasta un ruido de sirenas le pareció oír— le obligó a recabar información de lo que pasaba. Al cruzar el umbral del bar y entrar en la sala de recepción comprobó el origen de todo el bullicio. Tendido en el mostrador divisó —por encima de los hombros de la gente— a una persona, probablemente un hombre. Por los gritos de dolor y los sollozos: apagados, estruendosos, algunos hasta histéricos y la mayoría contenidos, dedujo que debía estar herido... si no muerto. Algo muy grave había sucedido.

—¿Por favor? ¿Sabe qué ha pasado? ¿Podría decirme usted qué ha pasado? —preguntó el doctor Russo a uno de los camareros que también estaba expectante.

—Una desgracia *signore*. *Il professore*. *Il professore*, nuestro querido *professore* ha muerto —contestó casi llorando una señora mientras giraba su cabeza y se dirigía al doctor Russo dejando al pobre camarero con la palabra en la boca.

El doctor Russo se quedó perplejo y totalmente atónito ante la respuesta de la señora. El doctor Giuseppe Martini, *Il professore* —tal como le habían dicho que se le conocía aquí—, el doctor Martini, al que había venido a ver para proponerle que se integrara en su proyecto de investigación... había muerto.

Después de unos momentos de vacilación, y de unos segundos de recordar varias escenas de su vida en que había coincidido con el doctor Martini, el doctor Russo se volvió a dirigir al camarero que tenía al lado y le preguntó:

—¿Se sabe cómo ha sido?

—Un accidente, un terrible accidente —respondió—. Según la información de la policía y de los testigos presenciales, parece ser que ha sido una muerte accidental. Se cayó del burro.

# PARTE I

# 1

*Barcelona, España. 4 de febrero de 2008*

Estaba siendo uno de los inviernos más secos de los últimos cincuenta años, pero aquel lunes, 4 de febrero, llovía en Barcelona.

El doctor Tolls salvó corriendo los escasos metros que separaban su actual y seco refugio —bajo la protección de una balconada de la calle Provença—, de la entrada al apeadero ferroviario del mismo nombre, delante mismo de la Universidad Pompeu Fabra. Bajó las escalinatas de dos en dos, procurando no resbalar por el suelo mojado, y cuando se vio a cubierto frenó su precipitada carrera.

—¡Cómo llueve! ¡Quién lo iba a decir! ¡Y yo sin paraguas! —se dijo para sí el doctor Tolls—. En fin, ya hemos llegado.

Roger Tolls, biólogo veterinario, cuarenta y cuatro años de edad recién cumplidos, profesor de genética en la Facultad de Ciencias Evolutivas de la Universidad Autónoma de Barcelona, se dispuso a validar, como cada día, su billete de los Ferrocarriles Catalanes con destino a la Autónoma. El trayecto duraba poco más de media hora y al doctor Tolls le servía para empezar el día relajado. Después de salir de Barcelona por el túnel de Vallvidrera, el tren de los Catalanes o, mejor dicho, el metro del Vallès atravesaba la sierra de Collserola, pulmón verde de Barcelona y su área metropolitana, y se internaba posteriormente en la comarca del Vallès Occidental. El recorrido era de lo más agradable y, aunque ya había visto ese paisaje más de mil veces, siempre encontraba algo nuevo que le sorprendía gratamente. Hoy —y después de tanto tiempo era una novedad— le acompañaba la estampa lluviosa y gris de una mañana de



invierno templado mediterráneo. Si no hubiera tenido esa media hora antes de empezar con sus preocupaciones laborales diarias, la habría tenido que inventar. Aunque seguramente, tiempo atrás, no lo habría hecho, y si hubiera podido, después de levantarse y desayunar, habría encarado directamente en dirección al despacho.

Pero las cosas son como son, y cuando decidieron hace ya años, conjuntamente con su ex mujer Claudette, ir a vivir a Barcelona, ya sabía que tendría un buen trecho desde su casa al trabajo; y no como hasta entonces, viviendo él solo en un piso de soltero en Cerdanyola, a cinco minutos de la Universidad. Pero la realidad se impuso y la imposibilidad física de poder realizar otra cosa que no fuera tomárselo con calma fue amoldando su carácter a la nueva situación, hasta llegar al punto de que hoy día sería casi incapaz de empezar su jornada sin esos treinta minutos de distracción y catarsis mental que le proporcionaban el viaje y la meditación contemplativa del paisaje. Y son ya dieciséis años. No obstante, y durante bastantes años, lo consideró una pérdida irremediable de tiempo y aprovechaba esa media hora para trabajar, para que no se perdiera miserablemente en el limbo del tiempo malgastado e inútil.

Su cartera de trabajo siempre iba llena y durante años de aquí para allá. Siempre había cosas que hacer y el día nunca tenía la suficiente cantidad de horas que él necesitaba. En el trayecto leía aquel artículo que precisaba para redactar la discusión del suyo, u hojeaba la revista *Nature Genetics* —a la cual estaba suscrito— para informarse, de primera mano, de las últimas novedades en genética que iban apareciendo, o aprovechaba para realizar la revisión y evaluación de algún trabajo que le hubiera enviado el editor de alguna revista de impacto, o también, ¿por qué no? —aunque era en el menor de los casos—, para dar el último vistazo a la clase que muy probablemente tendría que dar nada más llegar a la Facultad. La cuestión era no perder el tiempo.

Y así fue hasta no hace relativamente mucho, tres años aproximadamente. Más o menos en la época cuando se produjo el divorcio. A raíz de éste cambiaron muchas cosas. «Y las que tendrían que ir cambiando, todavía», pensó. Y una de ellas fue precisamente ésta. Algo tan banal e intrascendente como el tiempo y recorrido que tardaba en ir de su casa al trabajo. La gota que acabó de colmar el vaso y precipitar el cambio fue

una alumna, o más bien la interpretación que él hizo de una posible mueca despectiva —o compasiva, nunca terminó de tenerlo claro— pillada sin querer de reojo y por encima de la montura de sus gafas de lectura. La conocía —o por lo menos le sonaba su cara— seguramente de haber coincidido alguna que otra vez en el tren. Roger Tolls estaba enfrascado en la lectura de un artículo, subrayando de vez en cuando, con rotulador amarillo fosforescente, alguna de las frases que leía, cuando pilló *in fraganti* la expresión de desdén de la estudiante. Volvió rápidamente la mirada a sus papeles y se quedó estupefacto pensando en lo que acababa de pasar. ¿Por qué habría hecho eso la chica? Tanta gente aprovecha sus viajes en tren o en el metro para leer o hacer algo de interés o de utilidad que no veía razón de ser en esa acción. ¿Tal vez sería —pensó— porque siempre que había coincidido con él estaba leyendo o escribiendo, trabajando, en definitiva? Fuera lo que fuese, esa acción le perturbó, y desde lo más hondo de su interior le fue subiendo progresivamente una sensación de vergüenza.

Lentamente y de la forma más natural posible —a pesar de su desasosiego—, fue recogiendo las hojas y las introdujo en la cartera. Descansó su codo en el apoyabrazos del asiento y su puño en la barbilla, y se puso a mirar el paisaje. Aquel paisaje que había mirado tantas veces pero que nunca había visto. Y entonces se puso a pensar en ella: en Claudette. La estudiante del tren se la había recordado y le había recordado alguna de las razones por las que Claudette le dejó. Y eso le hizo recapacitar. Y ya hacía tres años.

A raíz de los acontecimientos decidió que algunas cosas debían cambiar. El trayecto de su casa a la Autónoma no podía ser una extensión de su despacho. Ya tendría tiempo de absorberse y concentrarse en su trabajo cuando llegara. Necesitaba vaciar su mente y relajar sus neuronas y seguro que su mala leche le estaría agradecido. Tomó la determinación de que sus hábitos debían variar, y aunque continuara dedicándole el máximo interés a su trabajo, éste no debía ser, ni mucho menos, la principal prioridad en su vida. Por experiencia sabía, y tenía muy presente, el precio tan caro que había tenido que pagar. Se propuso empezar a disfrutar del trayecto —aunque esto no fuera una gran contribución al cambio, siempre era bueno empezar por algo— y se planteó la necesidad de aprender a ver y reconocer las cosas que miraba. Sería interesante com-

probar cómo cambiaba el paisaje con las estaciones, cómo florecían los almendros en primavera y cómo cambiaban de color y perdían sus hojas los robles en otoño. Y desde hacía un par de años se había tomado la licencia de empezar el día más tarde. No era imprescindible que fuera el primero en llegar al Departamento y de los últimos en salir. Ahora partía de Barcelona a las nueve y cuarto y solía llegar a la Facultad alrededor de las diez. Todo eran ventajas; así, entre otras cosas, evitaba las horas puntas y el tren, al ir más vacío, ganaba en tranquilidad. Eso es lo que le hacía falta: empezar el día con calma y sosiego, bastante nervioso era él ya por naturaleza. Después se quedaba a trabajar hasta tarde —al fin y al cabo estaba solo y el trabajo se tenía que hacer—, comía en la Facultad y cogía el tren de vuelta muchas veces a las nueve y media de la noche. Horario «raro» español. Esto sólo sucede aquí. Pero a él le gustaba, iba más con su personalidad y su manera de ser. Y por la noche, después de cenar, siempre encontraba un momento para salir a tomar un café y hablar con los camareros sobre lo bien o mal que iba el Barça esta temporada.

Ensimismado en sus recuerdos del pasado volvió a la realidad cuando, habiendo cruzado ya el pueblo de Bellaterra, una voz masculina de tono grave y acento neutro comunicó por los altavoces: «*Pròxima estació: Universitat Autònoma*». Estaba llegando. Roger Tolls se levantó, recogió la cartera y el abrigo, se dirigió a las puertas y esperó allí de pie que éstas se abrieran al llegar a la estación.

Había parado de llover. Y aunque todavía caía alguna que otra pequeña gota, nada que le impidiera ir paseando, a través de la plaza Cívica, hacia su Facultad de Ciencias Evolutivas.

Roger Tolls pertenecía al Departamento de Evolución Animal y compartía edificio con los de Vegetal y los de Evolución Antropológica. Y aunque de vez en cuando coincidía con estos colegas, su relación con ellos no pasaba de ser meramente de tipo docente e infraestructural, básicamente en las reuniones periódicas de la Junta de Facultad. Mucha más relación tenía, lógicamente, con los miembros de su departamento. La docencia común que impartían obligaba a numerosas reuniones de reparto de asignaturas y carga docente cada nuevo año académico. Además, el Departamento ofrecía, desde hacía un par de años, un máster

sobre evolución y conservación animal, de gran interés y aceptación. Éste había substituido el anterior programa de doctorado del Departamento, y el cambio acaecido había resultado muy fructífero en número de alumnos matriculados. En los dos años de vigencia se habían apuntado un total de treinta y cinco y cuarenta y dos alumnos, respectivamente, de diferentes partes del mundo, algunos de los cuales continuaban el progreso hacia su tesis doctoral. Pero era en el ámbito de la investigación donde las relaciones se estrechaban todavía más.

En el Departamento había dos grandes grupos de investigación: uno sobre evolución y conservación doméstica y el otro sobre evolución y conservación silvestre. Este último era mayoritario y lo integraban un total de veintiún investigadores de plantilla: dos catedráticos, once profesores titulares y ocho investigadores contratados, con sus correspondientes becarios y personal técnico de administración y servicios. El grupo de conservación doméstica era más reducido, y a él pertenecía el doctor Tolls desde su creación, posiblemente influenciado por su formación veterinaria. Lo conformaban únicamente nueve investigadores de plantilla: un catedrático, seis profesores titulares y dos investigadores contratados, también con sus correspondientes becarios y personal técnico, aunque en menor número.

Actualmente el doctor Tolls estaba preparando su posible promoción al cuerpo de catedráticos. Sin embargo, la mecánica de esta oposición había cambiado mucho en los últimos años. El gobierno del Partido Popular, que gobernó España durante dos legislaturas, había introducido el nefasto sistema de las llamadas habilitaciones, sobre el cual lo mejor era pasar página. Restos del naufragio permanecieron en la posterior legislatura socialista, y el sistema, más o menos modificado, persiste en la actualidad. Superar esa habilitación no significaba que se pudiera acceder directamente a la categoría de catedrático, únicamente se reconocía que uno tenía los méritos suficientes para poder serlo. Después hacía falta que la Universidad sacara la plaza en cuestión a concurso, a la cual se podían presentar todos los posibles habilitados que quisieran. Pero la prueba dura, la realmente importante, la que se tenía que superar, era la primera. En ella se evaluaba todo su *curriculum vitae*, básicamente la investigación realizada, pero también los méritos docentes, así como, pero en menor medida, los de gestión.

Roger Tolls no creía que ése fuera el mejor sistema de promoción, pero era lo que había y tenía que amoldarse al mismo si deseaba algún día llegar a ser catedrático. Y básicamente el sistema era el mismo para los otros escalafones de la Universidad. La presión por publicar era una constante y la tensión y el estrés acumulado entre el personal se volvían agobiantes, sobre todo entre becarios e investigadores interinos, que veían, en muchos de los casos, que a sus treinta y tantos años su futuro profesional y económico dependía, en gran medida, de la mayor o menor cantidad de publicaciones que tenía un candidato sobre otro.